

REPRESENTA un matiz de la vi-

vienda humana en La Mancha, en su aspecto más rudimentario, tanto por su construcción, como por los materiales empleados y por su utilización.

Es algo más—poco más—que el bombo del Tomelloso, hecho a canto vano, como se cargan los hornos del yeso o de la cal, para quemarlos, con lo menudo sobre la techumbre. El bombo, sin embargo, es redondo, en lo que también se parece a esos hornos, mientras que la Quintería es rectangular y menos, muchísima menos construcción que el cortijo andaluz o extremeño o que la misma casa de labor manchega, de residencia habitual, con o sin vivienda de los amos, pero perteneciente siempre a considerable hacienda; poco numerosas, por lo tanto. La Quintería, en cambio, dentro de lo despoblado del campo manchego, representa lo habitual, lo que se ve por todas partes, como los majanos en el monte y los bombos en el Tomelloso, que son esencialmente majanos «huecos por dentro», como decía «Pinchauvas» de los tubos y de las arterias.

La Quintería es la casa de campo, pero la casa de campo impuesta por la parcelación del terreno, el amparo que se fabrica el pequeño propietario para sus necesidades personales, siempre escasas y que consisten en poder estar sobre la tierra los días de labranza y de recolección,—que casi nunca llegan a sumar un par de meses en el año, en períodos de cuatro o cinco días,—un poco protegido contra las inclemencias del tiempo.

La Quintería—dos murallas, dos hastiales y un tejado, con suelo de tierra o empedrado—está dividida por dentro en cocina-dormitorio y cuadra. Comunica con el exterior por una puerta única, de una hoja que abre a la cocina y de tamaño suficiente para el paso de las mulas. Suele tener una ventana pequeña o un agujero para respiradero de la cuadra.

La altura de la construcción está siempre alrededor de los dos metros y

La Quintería

medio. Los materiales son las piedras recogidas en el haza y la tierra mezclada con yeso. La techumbre con un caballete

y dos vertientes poco pronunciadas formada de entramado de madera con zarzoes de carrizo y teja curva del terreno. La anchura aproximada de unos tres metros y la longitud media total de seis a ocho metros.

No necesita más para alojar al gañán con su yunta y a los peones, segadores o vendimiadores.

La distribución interior es elementalísima. A un lado de la entrada, la cuadra, con sus pesebres para comer las caballerías, en comunicación con la cocina, y casi sin separación. Al lado opuesto, el fuego y la chimenea, cuyos laterales sobre el suelo están ocupados, siguiendo el lado longitudinal de las murallas, por los camastros, especie de poyos de mampostería, de unos veinte a treinta centímetros de altura y metro y medio de longitud, sobre los que se tienden las sacas llenas de paja que utilizan para dormir.

La Quintería está siempre cerrada y no guarda enseres de ninguna especie, siendo necesario llevar todo el hato cuando se va a ella—piensos, comida, leña, agua, ropas, cacharros—cuyo equipo distingue a los carros y hace que se lo manifiesten los gañanes al encontrarse.

—¿Paece que vais de quintería?

—Sí, vamos a Los Parrales para la semana, a ver si quitamos aquello.

Fuera de sus murallas, la Quintería no tiene ninguna dependencia, como no haya pozo y barranco para la basura. Si hacen alguna cerca es para tener recogida la piedra, no por necesidad de acotaciones imprecisas que supondrían trabajo inútil, ya que no se respetan y no es corriente que nadie se entretenga en lo que no ve beneficio. Los carros quedan en la puerta, al raso, como en los pueblos pequeños. Las paredes suelen estar desconchadas y la puerta calcinada por el sol, sin ofrecer mucha seguridad.